

ERLAND NORDENSKIÖLD Y SU DESCRIPCIÓN DE LOS INDÍGENAS EN LOS INGENIOS AZUCAREROS DE JUJUY EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX

Palabras clave: Indígenas- Ingenios azucareros de Jujuy (1910)-Historia.

Key words: Indigenous peoples – Sugar Mills of Jujuy – 1910 - History.

El texto reproduce un fragmento del libro de Erland Nordenskiöld publicado, en 1910 en Suecia, bajo el título *Indianlif i El Gran Chaco (Sydamerika)*. En él, el autor describe su llegada al oriente de la provincia de Jujuy, en 1908, punto de partida del viaje a las regiones chaqueñas y selváticas de Bolivia.

El texto tiene gran valor etnográfico pues describe las circunstancias y condiciones en las que los indígenas chaqueños -y del pedemonte de yungas-, se trasladaban todos los años desde sus tolderías para trabajar en los ingenios azucareros. En este caso particular, describe a los que encontró en La Esperanza, fábrica instalada en la localidad jujeña de San Pedro, de propiedad de los ingleses Leach.

Es de interés también la segunda parte del texto, en la que narra la excursión a Calilegua, zona articuladora entre tierras altas y bajas y de contacto entre grupos indígenas andinos, amazónicos y chaqueños.

Erland Nordenskiöld and his description of indigenous peoples in the sugar mills of Jujuy at the dawn of the 20th century. This text reproduces a fragment of Erland Nordenskiöld's book, *Indianlif i El Gran Chaco (Sydamerika)*, published in 1910 in Sweden. In it, the author describes his arrival in 1908 to the eastern part of the Argentine province of Jujuy, which was the starting point of his journey into the Chaco and jungle regions of Bolivia. The text holds great ethnographic value, as it describes the circumstances and conditions under which the indigenous people of the Chaco — and those from the Yungas valleys — moved from their encampments to work in the sugar mills every year. In this particular case, the author describes those persons he encountered at La Esperanza, a sugar mill located in the town of San Pedro, Jujuy, which was owned by the English Leach family. The second part of the text also holds great interest, because it recounts Nordenskiöld's excursion to Calilegua, an area that connects the highlands and lowlands and serves as a point of contact between Andean, Amazonian, and Chaco indigenous groups.

■ PRESENTACIÓN DEL TRABAJO DE NORDENSKIÖLD

Erland Nordenskiöld (1877-1932) es uno de los mayores exponentes de una importante generación de antropólogos suecos dedicada al estudio de los pueblos americanos. Su carrera comenzó como zoólogo, a los 22 años cuando dirigió su primera expedición a Sudamérica, destinada a la Patagonia. Entre 1901 y 1902 organizó y guió la Expedición

Sueca Chaco Cordillerana acompañado por otros jóvenes investigadores que luego tendrían gran reconocimiento: el arqueólogo Eric Boman y el etnógrafo Eric von Rosen. Fue en esa ocasión, y en el encuentro con los indígenas del Gran Chaco, cuando su interés principal se volvió hacia los hombres, orientando su actividad hacia la etnografía y la arqueología.

Su interés por las regiones andina, chaqueña y amazónica motivó viajes posteriores. Al realizado en 1908-1909, que comenzó en el oriente de la provincia de Jujuy continuando por el Chaco boliviano hasta la selva en los límites con Brasil, pertenece el texto que presentamos aquí. Publicado, en 1910 en Suecia, bajo el título *Indianlif i El Gran Chaco (Sydamerika)*, describió a los pueblos chaqueños y sus

■ Ana A. Teruel

Unidad Ejecutora en Ciencias Sociales
Regionales y Humanidades (UE CISOR)
CONICET-Universidad Nacional de Jujuy. Av.
Bolivia 194. Y4600. Jujuy, Argentina.

E-mail: aateruel13@gmail.com

vecinos chané y chiriguano. Sus descripciones de viajes y pueblos, que aportaron al conocimiento de América del Sur, tuvieron gran difusión en la época, no sólo por su impacto en el ámbito académico, sino en el del público general, por la amabilidad de su relato y el humanismo que impregna su obra en un período dominado por las teorías evolucionistas y el darwinismo social.¹

Es significativo que Nordenskiöld comenzara su viaje al Chaco en los valles subtropicales de Jujuy. Es que históricamente esta región fue la puerta al Chaco a la vez que zona de articulación, enfrentamientos y contacto entre pueblos andinos y chaqueños. Su descripción de Calilegua es ilustrativa en este sentido.

Sin embargo, y el mismo Nordenskiöld lo advierte con claridad, la vida de los indígenas en los ingenios azucareros presentaba notorias diferencias con la que se desarrollaba en los pueblos de las orillas del río Pilcomayo e Itiyuro que aún habían logrado conservar cierta autonomía.²

El fragmento del relato que producimos acá tiene un doble valor testimonial en cuanto ilustra sobre la vida de quienes constituyeron por largo tiempo la principal mano de obra en los ingenios azucareros de Jujuy, a la vez que expone la mirada de un europeo que se pregunta por los inexorables caminos de la civilización.

■ BIBLIOGRAFÍA

Alvarsson, J. A. y Agüero, O. ed. (1997). "Erland Nordenskiöld. Investigador y amigo del indígena". Quito. Abya-Yala.

Lagos, M. y Teruel, A. A. (1992) Trabajo y demografía. Análisis de la problemática a partir de un caso específico: la composición laboral de los ingenios de Jujuy (1870-195). *Data* 2: 117-134.

Nordenskiöld, E. ([1910] 2002) "La vida de los Indios. El Gran Chaco (Sudamérica)". La Paz. APCOB y Plural Editores. Traducción de la edición original en alemán *Indianerleben*. El Gran Chaco (Süda-

merika), Leipzig, 1912 (Primera edición en sueco, Estocolmo, 1910).

Teruel, A. A. (2005) "Misiones, economía y sociedad en la frontera chaqueña del Noroeste Argentino en el siglo XIX". Bernal. Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

■ NOTAS

1. Para un mayor detalle de la figura de Nordenskiöld y sus aportes a la antropología puede consultarse Alvarsson y Agüero (1997).

2. Sobre la dominación y colonización de la región del oriente chaqueño, y la incorporación de los indígenas al trabajo en establecimientos de Jujuy y Salta, puede verse Teruel (2005).

3. Se han añadido fotos de unos años posteriores al artículo de Nordenskiöld

LA VIDA DE LOS INDIOS. EL GRAN CHACO (SUDAMÉRICA)

■ Erland Nordenskiöld

■ INTRODUCCIÓN

En este libro voy a presentar algunas de las tribus indígenas que conocí de cerca en el viaje que realicé entre 1908 y 1909.

Trataré en él de describir la intimidad de esta gente, su sociedad, su vida doméstica, su lucha por la vida, sus disputas, su educación, sus conceptos morales, su religión y sus cuentos.

Ante todo he querido contribuir al conocimiento de las características de la sociedad indígena.

He intentado conocer a los indios y he sentido simpatía por ellos. En la medida de lo posible he procurado vivir su vida y comprenderlos. He pescado, bailado, cantado y bebido con ellos. He tratado de olvidar los propósitos científicos que me llevaron a su tierra para simplemente

vivir y divertirme con ellos.

He considerado a estos hombres como mis semejantes. [[Figura 1]]

Entre muchos datos secos pretendo mostrar seres humanos que seguramente merezcan la simpatía del lector.

Mi viaje se realizó gracias a la generosidad de mi amigo Arvid



Figura 1: indios en choza.

Hernmarck a quien le debo el mayor de los agradecimientos.

El Señor Axel Johnson, Cónsul General, con su reconocido interés por los suecos que quieren conocer Sudamérica, me brindó el pasaje y carga libre en los cómodos buques a vapor que facilitan el cada vez más próspero comercio sueco con Argentina.

Estoy muy agradecido a la Señora Rosa Hernmarck, al antiguo Ministro Residente O. Gyldeén, al Secretario de Legación H. von Bildt y al farmacéutico H. Enell por sus aportes para completar mi equipamiento y por ocuparse de mis colecciones.

En mis largas correrías por Bolivia, tanto los pobres en sus cabañas como los ricos en sus estancias me han acogido con la mayor hospitalidad. Entre indios y blancos me he sentido como un amigo íntimo de la casa.

¡Pero es entre los indios donde me he encontrado más a gusto!

■ PRIMER CAPÍTULO

VIAJE AL CAMPO DE TRABAJO

El 21 de febrero de 1908, junto al sueco W. Andersson, dejé Suecia para embarcar en el vapor "Drottning Sofia" hasta Buenos Aires. Durante el espléndido viaje por mar pudimos reunir fuerzas para afrontar las fatigas venideras. Endurecimos nuestros cuerpos con baños de sol y de sal pensando: en un viaje como éste, el equipo más importante es contar con una buena salud. Si uno está con ánimo y sano trabaja bien, si a consecuencia de una enfermedad se está abatido entonces todo va mal. Durante todo el recorrido no estuve ni un solo día realmente enfermo.

En la travesía conocí a un joven compatriota, Carl Moberg, un muchacho salvaje. Un día trepó al palo mayor del "Sofia", se sentó en el remate redondo de la punta y disfrutó de la panorámica fumando un cigarrillo. Lo contraté para la expedición pues me dio la impresión de ser un hombre audaz y sin miedo. No me arrepentí: Durante todo el viaje, Moberg demostró ser un compañero capaz y fiable. He querido describirlo tal como lo conocí por primera vez para que el lector comprenda mejor que se trata de un hombre que congenia con los indios.

No quiero reseñar lo que muchos otros han descrito antes y paso por alto Buenos Aires para arrancar directamente desde la fábrica azucarera de Esperanza en el norte argentino. Iniciaré mi relato de viaje en la zona donde se encuentran los primeros indios; pido por tanto al estimado lector que busque este lugar en el mapa para tener una mejor orientación.

Los indios vienen de lejos a las fábricas de azúcar del norte argentino. [[Figuras 2 y 3]] En estas instalaciones no encontramos a los salvajes de las selvas sino a aquellos que, atraídos por las riquezas del hombre blanco, han llegado de sus aldeas en busca de trabajo y remuneración. No vamos a conocer aquí en las fábricas quién es esta gente, sino que lo haremos mucho más lejos, en las selvas y matorrales de su patria.

Fui recibido con suma simpatía por los hermanos Leach, propietarios de la fábrica Esperanza. Tienen un hogar completamente inglés con cómodos sillones, polo, amistad sin afectación ni ceremonias y con predisposición de servicio sin mucha palabrería.

Me quedé un mes en Esperanza equipándome para la expedición.

Durante ese tiempo tuve la oportunidad de estudiar a los indios que, como ya hemos mencionado, vienen desde muy lejos hasta las fábricas a buscar trabajo. También hice una excursión a una montaña cercana, el Calilegua.

En Esperanza tuve la suerte de encontrar entre los indios a un viejo amigo de mi viaje de 1901, el indio matak Chetsin, intérprete de su tribu que hablaba un excelente español. Casi cada día solía pasar una hora en su cabaña donde conversábamos de muchas cosas. A veces me narraba algunos cuentos de su tribu.

Era una sensación especial estar sentado en la choza de paja sobre un tronco al lado de una pequeña fogata escuchando cómo los pecarís le quitaron el maíz al armadillo, cómo el cuy robó el fuego al jaguar y se lo dio a los indios matakos, y poco después estar sentado en un cómodo sillón en casa de los Leach para hablar de política, aviones y deporte. Los contrastes en la vida siempre proporcionan placer.

Quiero tratar brevemente el tema de las migraciones de los indios a las fábricas azucareras.

Los indios que viven en Bolivia llaman a la Argentina "Bapurenda" que significa: Allí hay trabajo. Cada año vienen miles de indios del Chaco argentino y de Bolivia a las fábricas de azúcar para buscar trabajo. Se los emplea tanto para rozar y labrar, como para cosechar. Para los blancos, esta migración hacia Argentina fue muy importante en la apertura pacífica de las tierras indómitas del sur de Bolivia habitadas por los indios y lo sigue siendo en la actualidad. Los indios vienen desde muy lejos a "Bapurenda". Aquí se ve a los limpios y despiertos chiriguano y chané, a los traidores e imper-



Figura 2: maticos en ingenio ledesma.



Figura 3: Zafreiros en Lesdema, década de 1930.

tinientes tobas, a los sucios y pocos fiables maticos, a los choroti, siempre alegres y vagos. Algunos tapiete y ashluslay han estado aquí a su vez, aunque los primeros se presentaron como toba y los últimos como choroti o matico. Curiosamente, también parece que han venido a Argentina indios de aquellas partes del Chaco meridional boliviano que ningún blanco ha pisado. Entre ellos cabe destacar al jefe chiriguano Cayuhauri que vive en el Chaco desde 1890, cuando se sublevó contra los blancos.

La mayoría emprende el largo viaje a Argentina a pie ya que muy pocos disponen de caballos. Algunos tienen que caminar más de 500 Km. lo que supone un bonito paseo.

La imposibilidad de obtener en su propio país todas las maravillas del blanco, como cuchillos, hachas y ropa, motiva las migraciones de estos indios. Cuando pueden obtener algún trabajo en su lugar de origen está, por lo general, mal pagado, además de que a lo largo de grandes extensiones no tienen posibilidad de conseguir ningún trabajo.

Varios indios me han dicho que si pudieran trabajar en su tierra no emprenderían estas marchas. Sin embargo, algo es seguro: estos viajes a un maravilloso país extranjero son sumamente atractivos para ellos. Estuve en una aldea ashluslay justo en el momento en que los primeros miembros de esta tribu que habían estado en las fábricas regresaban a casa. Fueron recibidos con ovaciones, todo el pueblo salió a su encuentro y al son del canto de las ancianas fueron llevados a sus casas donde sus hijos y sus mujeres les dieron la bienvenida. Habían traído tantas cosas extrañas: fusiles viejos, uniformes antiguos, azúcar, fósforos, pólvora, pepitas crepitantes, quepis entorchados, anilina y mil co-

sas más. ¡Cuántas cosas que contar al regresar a casa! Tiene que haber sido tan extraordinario como si un habitante de la tierra regresara de un viaje a la luna. Los que se quedaron en casa, con qué fascinación oirán hablar de trenes, de la maquinaria de las fábricas, de las iluminarias, de las grandes cabañas y de todas esas novedades. Los oyentes también se sentirán tentados a emprender el largo y fatigoso viaje. De esta forma, sin lucha ni dificultades se abren cada vez más regiones para el hombre blanco.

Como consecuencia de estas migraciones a la Argentina se difunde para todo el Chaco una gran cantidad de herramientas, cuchillos, armas etc. cambiando por completo la cultura originaria de los indios. En estos viajes, muchos de ellos aprenden un poco de español pues a los indios este idioma les resulta fácil. Incluso aprenden muy rápidamente a hablarlo en correcta gramática.

Los matico y choroti, y también parte de los toba, vienen a las fábricas azucareras con sus mujeres y con toda la prole, con perros y enseres domésticos, con suciedad y bichos, y construyen en ellas sus aldeas de la misma forma como lo hacen en el Chaco. Si los chiriguano y los chané, de cultura más alta, no quieren quedarse para siempre, sólo traen a sus mujeres, pero nunca a sus hijos pequeños. Viven en tiendas de campaña o en las barracas que pertenecen a los propietarios de las fábricas.

En las fábricas he visto trabajar a los indios, sobre todo a los matico y chiriguano. Los primeros son considerados los más hábiles en la cosecha de la caña de azúcar, los últimos los mejores para labrar la tierra. Los maticos y algunos chiriguano son pagados a destajo. Los mejores chiriguano cobran por jornal y se los

equipara con los trabajadores blancos. Por lo general, los chiriguano ganan un peso y medio al día, los hombres maticos 40 centavos y las mujeres maticas 20 centavos, alimentación aparte. Para estos últimos la jornada de trabajo es de aproximadamente ocho horas, para los primeros es de diez horas.

He podido tomar algunas notas sobre la laboriosidad de los indios. Normalmente, los chiriguano trabajan todos los días con excepción del lunes, día en que duermen la borrachera del domingo. En San Lorenzo, no lejos de Esperanza, donde tuve la oportunidad de recopilar algún material estadístico, los hombres maticos trabajaban un promedio de 12 días y medio por mes y las mujeres 11 días y medio. El mejor resultado lo obtuvo una mujer matica que trabajó 125 de los 127 días hábiles y un hombre matico que trabajó 110 días. Los jefes y los intérpretes son los que menos trabajan.

Al pagar a los indios hay que cuidar que no reciban el sueldo completo mientras dura su estadía de trabajo, sino que tengan todavía algo a su favor cuando regresan a casa, sino consideran que han sido engañados.

Si muere un indio al que la fábrica le debe algo, los matico, choroti y toba no piden nada. Si esto ocurre entre los chiriguano, el jefe exige que la deuda se pague a los herederos a través de su persona. Posiblemente como consecuencia de su larga relación con los blancos los chiriguano conozcan mejor las reglas de herencia de estos últimos.

Por desgracia, no se hace nada por civilizar a los indios que llegan a las fábricas azucareras, en las que caen en una grave degeneración moral. Los hombres se entregan al vicio de beber, es decir aprenden a

consumir aguardiente en comparación del cual todas las bebidas nativas son más que inocentes. Como consecuencia del aguardiente y del mal ejemplo de los obreros blancos, muchos indios mueren en peleas en las fábricas. Las mujeres indígenas se venden a los blancos. Las enfermedades venéreas están difundidas entre los trabajadores indígenas pues algunos visitan los burdeles donde se relacionan con mujeres blancas. El jefe chiriguano Maringay, que nunca estuvo en Argentina y del que más tarde relataré muchas cosas, me preguntó una vez: "Dime, ¿es cierto que en Argentina hay tiendas donde se pueden conseguir mujeres blancas por 2, 3 o 5 Pesos según su constitución?" Seguramente Maringay pensaba que los blancos tienen tiendas bastante extrañas.

Muchos chiriguano vienen a las fábricas de azúcar junto con sus familias y nunca más regresan a su patria. La vida de esos indios transcurre como la de los trabajadores blancos: viven en una especie de cultura de las latas de conserva y prácticamente ya no elaboran sus antiguos objetos característicos. Qué vida tan triste llevan, mucho peor que en las aldeas de su propio país. Latas de conserva vacías, platos de hojalata y algunas cosas más conforman sus utensilios domésticos en vez de sus bellas vasijas pintadas. Entre sus efectos personales uno encuentra a veces hasta un orinal europeo en el que guardan sus alimentos.

Una mala costumbre muy difundida en las fábricas es que los indios obtengan armas de fuego. Consecuentemente, los indios que estuvieron aquí tienen ventaja en sus luchas sobre aquellos que sólo poseen arco y flechas. Algún día, estas armas de fuego les costará la vida a algunos blancos, ya que seguramente los indios del Chaco todavía tramarán al-

guna que otra rebelión. En territorio argentino el jefe toba Taycolique se ocupa sistemáticamente como nadie de equipar a su gente con armas de fuego. Incluso llegó al extremo de recuperar los obsoletos fusiles Remington y cambiarlos por armas de repetición. Taycolique ha enseñado a su gente a disparar. Un día pasó con sus hombres por una plaza en la que algunos blancos realizaban pruebas de tiro. Taycolique los retó a una competencia, sus toba ganaron el premio.

En mi opinión, a grandes líneas la mejor solución al problema de la educación de los indios sería darles un trabajo bien pagado como es el de las fábricas. Habría además que hacer esfuerzos para mejorar sus posibilidades: Deberían aprender a sumar, leer y escribir, y se tendría que protegerlos del aguardiente y la prostitución. En estas fábricas deberían instalarse escuelas industriales en las que los indios pudiesen aprender un oficio. El trabajo que encuentran en otras regiones, con un salario realmente insuficiente, no les educa a ser hombres diligentes y laboriosos sino que más bien provoca el efecto contrario. Cuando reciben una remuneración como se debe y ven que les va bien trabajando, que llenan más fácilmente su estómago, que pueden adquirir caballos, herramientas y ropa, les gusta trabajar y el trabajo les hace bien y les educa.

■ EL CALILEGUA

Durante mi estadía en la fábrica azucarera de Esperanza emprendí algunas excursiones menores y una más larga al hermosísimo Calilegua cuya cumbre, muchas veces cubierta de nieve, mira orgullosa sobre las selvas en las que las fábricas de azúcar, los aserraderos y los pequeños hombrillos se esfuerzan y se matan trabajando.

El camino trepa por la montaña en forma de pequeños senderos muy malos. Va por arroyos, a través de crestas, por la selva caliente y húmeda, de callada suntuosidad. Sigue más allá del límite del arbolado hasta el reino solitario y grandioso de la diosa de la tierra Pachamama, desde donde la vista se extiende sobre los valles, altiplanicies y montañas, donde no hay que abrirse paso, como abajo en el valle y la selva, entre lianas, troncos de árboles y matorrales espinosos.

Todos los indios calileguas hablan español muy mezclado con palabras quichuas; por ejemplo, los nombres de los remedios son habitualmente quichuas. Cabe suponer por tanto que fuera el quichua el idioma originario de estos indios. Los calilegua viven en las alturas en pequeñas cabañas rectangulares de piedra o de adobe con techos de paja. Normalmente, en la cumbre hay una cruz que protege contra la caída del rayo, siempre y cuando la cruz haya sido bendecida por un eclesiástico cristiano, ya que desde hace mucho tiempo estos indios de las alturas son cristianos. Sin embargo, eso no impide que al mismo tiempo crean en muchas otras cosas que no tienen nada que ver con la religión cristiana. Así, todavía ofrecen aguardiente y coca a la Pachamama. Al cruzar un paso colocan una piedra en el suelo para no cansarse en el camino.

En el Calilegua tuve un encuentro interesante con un curandero de mediana edad, muy decente, que me confió algunas cosas abiertamente. Hay que emplear la grasa del uturunco, del tapir o del oso contra los dolores de huesos. El uturunco, cuya grasa es amarilla, es un animal místico, aparentemente un jaguar pero que antes fue un ser humano. Las propiedades de la grasa de este

animal, que sana maravillosamente, se conocen desde el Perú hasta la Argentina. Si uno ha tocado la tierra de determinado lugar, pueden hinchársele las articulaciones de los pies, las manos y las rodillas. Lo mejor que se puede hacer al respecto es colocar en el lugar de la hinchazón tierra del sitio en el que uno enfermó. También es buena la lengua del oso. En uno de los frecuentes terremotos en el Calilegua lo mejor es ir al cementerio para rezar. Si cae granizada hay que quemar hojas de palmera dispuestas en forma de cruz, entonces la tierra no se daña.

Uno de mis acompañantes, un gaucho argentino, enfermó en el Calilegua, por lo que este amigo tuvo la oportunidad de probar el arte del curandero. Este le dio chicha preparada con maíz en la que colocó pedazos ardientes de carbón. El gaucho sanó y tuvo que pagar un honorario considerable al gran médico.

Hay una gran similitud entre lo que se ve aquí en el Calilegua y lo que uno encuentra a doce grados de latitud sur entre los quichua del lejano Perú. La cultura quichua se difunde de forma enormemente homogénea a lo largo de los Andes. Tienen idéntica vestimenta, los mismos prendedores típicos para sujetar las mantillas de las mujeres, casi la misma cerámica, los mismos remedios, ofrendas similares en los pasos de las montañas, las mismas hondas, todos mascan coca etc.

Esta gran homogeneidad llama tanto más la atención cuanto se piensa en el contraste entre los habitantes de las alturas y los de la selva. Desde el Cuzco, la capital del antiguo Imperio Inca, después de varios días de viaje hacia las selvas a lomo de animal se llega a la región de los indios salvajes quienes apenas tienen algo en común con los habitantes de las alturas.

Aquí en el norte argentino, así como en el sur de Bolivia, el contraste no es tan marcado pero sigue siendo grande. Las tribus de las que voy a tratar a continuación, que viven en las últimas estribaciones de los Andes hacia las llanuras o en estas últimas, tienen muy poco en común con los quichua y sus descendientes. Si cabalgamos desde el Calilegua en Argentina hacia Cuzco, al atravesar la cordillera escuchamos sólo dos lenguas indígenas, el quichua y el aymara. Si seguimos los caminos de la selva y el curso de los ríos, pasando por Santa Cruz de la Sierra, yendo por el río Mamoré y el Madre de Dios, encontraremos por lo menos unos veinte idiomas indígenas antes de llegar a la antigua capital de los Incas.

De regreso del Calilegua a las fábricas terminé mis tareas de equipamiento. El 5 de mayo estábamos sobre la silla de montar viajando en dirección norte hacia el río Pilcomayo. Algunos días después cruzamos el río Bermejo y continuamos nuestro camino a lo largo de las últimas estribaciones de los Andes. La región que atravesábamos estaba habitada tanto por blancos como por los mataco-vejo, que se encuentran en un estado de completa dependencia de los primeros. Les compré todo lo que pude adquirir para mis colecciones. Por las noches me sentaba con los ancianos que me narraban una y otra historia. Estos mataco hablan de un gran fuego que devasta la tierra, del pájaro "Miya" que robó para ellos las semillas del maíz de un gato salvaje; de un pequeño pájaro rojo y negro, "Sipúp", quien robó las semillas del zapallo; del cuy "No-ték" que robó el fuego a un espíritu malo, "Tacuash", que lo había escondido y no se lo quería dar a los mataco.

Los mataco-vejo están muy influenciados por la poderosa cultura

chiriguana, de la que hablaré más adelante con mayor detalle. Los mataco son los únicos indios en el Chaco, exceptuando los chiriguano y chané, que a veces entierran sus muertos en vasijas de barro.

En lo profundo del bosque construyen al muerto una casa especial con un fogón y una cama. Ponen al difunto sobre la cama y otras veces en una vasija. Nunca he visto una casa funeraria de este tipo pero los indios me la han descrito así. Cuando pregunté dónde estaban, me aclararon que en este momento todas estaban completamente destruidas. Quizás no querían mostrarme sus tumbas. En mi viaje de 1902 también atravesé la zona de los vejo y en aquel entonces excavé una tumba veja que quizás no era típica. El muerto estaba enterrado bajo tierra cubierto con un cuero de jabalí y con una calabaza de agua. No había ningún rastro de la existencia de alguna cabaña o de alguna cama. La calabaza estaba vacía. Los indios me dijeron que el muerto se había bebido el agua.

Es frecuente que los mataco-vejo trabajen como criados de los chané que viven en el río Itiyuro. Por el contrario, sería impensable que un chané sirviese a los mataco. Tendremos repetidas oportunidades para señalar tal diferencia de clases entre tribus.

El 18 de mayo estábamos en Yacuiba, un gran pueblo en la frontera entre Bolivia y Argentina. Ahora es un lugar bastante decente; antes, por el contrario, era un refugio peligroso de los delincuentes que por temor a la policía argentina habían huido hasta aquí.

Utilicé Yacuiba como base principal durante gran parte del viaje. Un amable francés, C. Holzer, me brindó grandes servicios al ayudar-

me muchas veces en los pesados transportes del equipo y las colecciones.

Mi primera excursión desde Yacuibá estuvo dedicada a los chané en el río Itiyuro. La relataré en otro contexto. Mi segunda excursión fue

al río Pilcomayo y a los indios que viven en este singular río.

Aquí empieza la parte seria del viaje.